

lo que es santo, bueno, bello, justo, divino; porque ni lo santo, ni lo bueno, ni lo justo, ni lo bello, ni lo divino, están en su tenebroso sér.

Su criterio es el criterio de espantosa soberbia, que en su fuero interno y sin que de ello se dé cuenta, le dice: si tú no amas, el amor no existe; si tú no sientes la justicia, ésta no existe; si tú no puedes llegar á conocer las causas, nadie las podrá conocer. Estas son las modalidades estáticas que en el tenebroso espíritu producen efectos á que se llama escepticismo.

Reconociendo todo esto, no escribimos para los engendros de la Negación, y sí para los hijos de la Vida. Señalar á éstos el camino de su integración luminosa y mostrarles los abismos del *Mal trascendental*, para que se libren de ellos, es nuestra misión.

En los tiempos modernos, el gran peligro consiste en que se tiene como ridículo creer en la existencia del Mal, y nada hay que más lastime al hombre en su vanidad y en su soberbia, que el aparecer ridículo. Por esas extrañas y monstruosas consecuencias de horrendas pasiones, el hombre prefiere salvarse del ridículo ante la ignorancia presuntuosa, mejor que salvarse del severo juicio que de él forme la sabiduría humilde. ¡Oh! estos cobardes ante el ridículo, cuán cara pagan su cobardía; al tributar homenaje á los convencionalismos que dicta la vani-

dad y la soberbia, al querer violar los fueros de valerosa verdad, que desnuda debe presentarse para combatir el error, ellos reciben en salario, *acumulación de átomos sombríos*; empero, la Verdad permanece incólume, y ellos son los que se violan haciéndose hijos de la Muerte.

La Suprema Justicia Cósmica obra en lo callado, por manera rigurosa, matemática. Así como ni el menor impulso de mala pasión deja de llevar á la balanza un átomo tenebroso, así también ni uno solo de esos movimientos de virtud ignorada ó escarnecida, deja de recibir el valioso salario de luminosos átomos de Vida.

Esos débiles espíritus que soberbia y vanidosamente se titulan *espíritus fuertes y des preocupados*, pero que trémulos y aterrorizados se muestran ante el dolor físico ó moral; esos *despreocupados* que tanto se preocupan de cuanto es vano, de cuanto es efímero y de abillantada superficie; esos *ilustrados que no saben por qué una piedra cae hacia el centro de la Tierra*; esos pseudo-sabios que en presencia de los múltiples y varios hechos que ofrece el antítesis de la Naturaleza, nada saben, ahora prodigarán desdeñosa y sarcástica risa cuando les digamos: *el Mal trascendental existe*.

Felizmente los humildes, los sencillos y los verdaderos sabios, habrán de encontrar digno

de gran atención el que hoy la misma Ciencia de los hechos y la Filosofía, den poderoso apoyo á las proposiciones dogmáticas que con respecto al Mal dieron las religiones, en todos los tiempos y lugares.

Antes de que la causa del mal fuera estudiada, antes de que se le explicara por el dogma ó por la proposición filosófica, la conciencia le conoció experimentalmente en todos los órdenes de la existencia. El espíritu le sintió dentro de sí mismo y le sintió también por sus influencias procedentes del exterior.

En momentos en que la débil razón colectiva de los pueblos no podía recibir enseñanzas por manera demostrativa, el hombre fué enseñado y advertido de que el *Mal trascendental* existía; mas la enseñanza se le dió en forma dogmática, que es la única que puede emplearse cuando el discípulo no puede recibir demostraciones en las cuales entran elementos de encadenadas verdades, cada una de orden elevado, y que no pueden llevar los incipientes espíritus. "Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis llevar." Tal dijo el Verbo en Judea.

Ni la causa fundamental del Bien y la Vida, ni la del Mal y la Muerte, podía enseñarse en un tiempo en que la ciencia trascendental no se constituía. Por tanto, el Maestro se limitó á en-

señar dogmáticamente, que existía el *Mal trascendental*. En su etapa mesiánica, como Budha, denunció la existencia de un espíritu radicalmente negativo, á quien llamó Mara (la Muerte), y al grupo de espíritus de constitución tenebrosa, le denominó *ejército de la Muerte*.

Algunos siglos después de que el Maestro enseñó la Moral que dió poderoso impulso á numerosos pueblos del Oriente, cuya civilización refleja ahora el pueblo japonés, volvió para implantar la doctrina moral que había de cambiar la faz de los pueblos del Occidente. Entonces también, por manera dogmática, enseñó que existían espíritus luminosos y espíritus tenebrosos:

"Mira, pues, que la luz que en tí hay, no sea tinieblas."

Así, que siendo todo tu cuerpo resplandeciente, no teniendo alguna parte de tinieblas, será todo luciente como cuando una luz de resplandor te alumbra." (Lucas. Cap. XI, vers. 35 y 36).

En esta vez, lo mismo que en su mesiánica existencia anterior, el Maestro denunció la existencia de su antítesis; esto es, del *sintético tenebroso*, de aquel á quien llamaba el Adversario, el Malo, la Muerte; y á los espíritus de constitución negativa les designaba como á *legiones del Adversario*.

Nosotros ahora denunciarnos la existencia del Mal, desde su raíz esencial; desde las septenarias series de átomos sombríos que constituyen el Polo Negativo del Cosmos, hasta las unidades psíquico-tenebrosas que actúan con estáticas modalidades de odio, de soberbia, de envidia y de escepticismo, que al aborrecimiento de la Vida conduce. Ahora, por manera racional y científica nos es dado señalar la causa del antítesis, que con la elocuencia axiomática de los hechos, se muestra en todos los órdenes de la existencia.

La humanidad en presencia del Mal y siendo víctima de él, desde que el tierno niño anuncia su venida al medio ponderable, con un grito de angustia, hasta que débil y adolorido pasa al medio imponderable; al ser víctima del Mal, y al no poder conciliar la existencia de él con la existencia del Bien Supremo, negó á Dios. Mas su negación es hija del desconocimiento en que está de lo que el Bien y el Mal son en su realidad trascendente, *pero natural*. Este concepto de naturalidad racional y científica que hoy podemos asignarle á la trascendencia del Bien y del Mal, es lo que establece radical diferencia, entre el concepto dogmático de la humanidad infantil que á sobrenaturalidad conduce, y el concepto ilustrado por la proposi-

ción lógica que se apoya en la razón y en la ciencia.

El dogma tenía que permanecer silencioso á todas las objeciones que iban formulando los espíritus, que de infantiles pasaban á ser adolescentes. Había que esperar á que los espíritus llegaran á constituir grupo de adultos luminosos y que la *ciencia se multiplicara*, para que el dogma, al tomarse en teoría filosófica y científica, diera satisfactoria contestación á las objeciones que se le han hecho.

Hoy las contestamos diciendo:

Las dos raíces, la del Bien y la del Mal, son increadas. De ahí que el Bien no engendró al Mal.

El Bien no aniquila súbita y maravillosamente al Mal, porque no existe el poder absurdamente sobrenatural.

El Poder Supremo radica en la energía Dinámica, que naturalmente obra en el tiempo y en el espacio. Así, su acción de Vida es infalible, es todopoderosa; mas obra progresivamente, por integración, por evolución. Sin asaltos, sin precipitaciones, sin dejar términos que no estén consolidados, sin violar los fueros de nada ni de nadie. Quien esto comprenda, llegará al concepto de la clásica Ley general, *de que tanto se hizo mención en las doctrinas del Budhismo y del Cristianismo*.

Es la Ley que resulta de los fueros sagrados de la Vida, en la cual lo mismo tiene asegurados sus derechos la Familia Fundamental del Cosmos, que los átomos luminosos que están allí en el seno de Eternal Matriz Etérea, dispuestos para comenzar la evolución que les dé futura individualidad psíquica.

¡Oh! vosotros los antiguos pequeñuelos que recibisteis con amor las doctrinas de vuestro hermano mayor en el Todo, y *vuestro verdadero Padre ante las unidades conscientes*, comprended ahora que llegáis á la razón sintética, todas las adulteraciones que del concepto de la Ley han hecho los que con palabras de blasfemia sacrifican ante los altares de la Muerte.

Vuestro Maestro os señaló el Mal y os enseñó el camino de Vida. El os dijo que el Reino de Dios, que es el Imperio de la Ley, *se aproximaba*; pero nunca os dijo que ya existiera. Luego ¿cómo es que la Negación os ha hecho creer en absurdo poder sobrenatural, que con sólo querer hace cuanto quiere? Existe un fondo de trascendental maldad en esas adulteraciones; están ingertadas en la Doctrina de Vida, para que ante los hechos, que sólo se manifiestan impulsados por manera natural y progresiva, el hombre llegara hasta la negación del Bien trascendental.

Empero, ante vuestra razón adulta, examinad lo que de positivo existe, lo que no ha podido adulterar el espíritu de Negación en la doctrina de vuestro Maestro, y entonces veréis la naturalidad del esfuerzo que la Vida emprende para aniquilar á la Muerte; esfuerzo de todo punto anómalo ante un *poder maravilloso y sobrenatural*, al cual sí se le podría hacer esta objeción: ¿por qué no triunfas súbitamente; por qué has permitido que el Mal exista? ¿A qué esas difícilísimas luchas para traer á los hombres el Reino de Dios?

Ahora, desde el natural concepto de lo que es, de lo que por diaria experiencia nos ofrecen los hechos todos del antítesis, y al concebir las raíces de tal antítesis, dejan de tener razón aquellas objeciones y la luz de la inteligencia penetra á las sombras de los múltiples arcanos que eran causa de que se hubiesen formulado juicios erróneos y temerarias negaciones.

Hoy, si por una parte contemplamos los hechos nefandos del polo Negativo, que en sus engendros trae cortejo de corrupción, de fetidez, de monstruosidad y de iniquidades mil, que en el orden psíquico perpetran abominables hechos que llegan hasta el fratricidio, al parricidio y al filicidio, todo lo cual indica que existe el *Mal trascendental*; por otra parte, conocemos que existe también el polo grandioso y sublime

del *Bien trascendental*, que se revela en las magnificencias armoniosas del orden físico, y en las sublimidades divinas del Amor y de la Sabiduría.

Hoy, pues, al reconocer la trascendencia del Bien y la Vida, y del Mal y la Muerte, reconocemos también lo que era natural, lo que no podía ser de otra manera; esto es, que, quien como el Maestro en Budha y en Jesús de Nazaret, se manifestó sobre todos los aspectos del error y de las viles pasiones, no podía ser un impostor. Una doctrina que se hubiese implantado sobre bases de impostura, jamás habría realizado los prodigios de civilización que el Budhismo y el Cristianismo han alcanzado. Los hijos de la Muerte son los que ingertando doctrinas de negación, han hecho que esas dos grandes modalidades de la Religión Unica, presenten contradicciones y absurdos. El medio ariano fué propicio á la Muerte, para que las doctrinas budhistas sufrieran corruptela en el sentido de un panteísmo que á la nada conduce.

El medio semita, mistificado por Moisés en el sentido de adorar á un *dios personal* mostruosamente vanidoso, soberbio y cruel, fué propicio para que los redivivos sacerdotes judaicos, al seguir nefandas tendencias teocráticas en el Catolicismo, ingertaran á su *dios de Muerte*, en la doctrina Cristiana; pero quien juzgar pueda

con sana razón, hallará que el Mosaísmo y el Cristianismo son polos antitéticos.

El *Falso Profeta de la Muerte* dió á conocer á un *dios pasional*, á un *dios* que en cada capítulo y en cada versículo del Antiguo Testamento se manifiesta vanidoso, soberbio y cruel; que manda castigar sacando ojo por ojo y diente por diente; que ordena el saqueo y el pillaje y que manda arrasar pueblos enteros, detallando con lujo de crueldad inaudita, que se maten á los hombres, á las mujeres, á los ancianos y también á los niños que maman.

En oposición á ese *dios de muerte* que impuso Moisés, el Fundador del Cristianismo dió á conocer á un Dios de Vida, que quiere que se le adore en sus hermanos pequeñitos; que quiere verlos perfectos cual lo es él; y que manda amar al amigo y también al enemigo.

El nombre de Jehová que aparece casi en cada versículo del Viejo Testamento, no es pronunciado por el Fundador del Cristianismo, *ni por una sola vez*. Él hablaba de un Dios que nadie conocía, *sino él*; y que, para darle á conocer señalaba futuros tiempos: cuando ya no hablaría en parábolas, sino que claramente descubriría la Verdad, que en aquel momento no podía ser llevada.

Siempre el Maestro ha visto que al través de los tiempos, los hijos nefandos de la Negación